

Enrique Molina

Exposición del arte americano

(Discurso pronunciado en su acto inaugural en Concepción el 24 de agosto de 1942)



POR deferencia especial del encargado en Chile de esta Exposición de Arte Contemporáneo del Hemisferio Occidental, señor Daniel Toriello Antonelli, el tan activo Gerente de la International Business Machines Corporation, ha sido puesta ella bajo los auspicios de la Universidad de Concepción, y a esta circunstancia, que agradezco muy de veras, debo el honor de hacer uso de la palabra en su acto inaugural.

Desgraciadamente la Universidad no disponía de espacios suficientes, libres y adecuados, para alojar debidamente a tan ilustres huéspedes. Sus anfiteatros, sus halls, sus aulas y su salón de conferencias no servían para el caso; pero, como veis, han salvado la dificultad en forma excelente la hospitalidad de «El Sur» y la gentileza e inagotable buena voluntad de su distinguido director don Luis Silva Fuentes. Me complazco en reiterarles a él y a sus redactores los agra-

decimientos que he tenido el agrado de expresarles antes.

Ya que estamos en acción de dar gracias no debemos tardar más en expresarlas al principal organizador y propulsor de esta Exposición, el presidente de la institución norteamericana antes nombrada y propietario de los bellos cuadros, señor Tomás J. Watson. Con gesto generoso, amplitud de sentimientos panamericanos, fe en el poder de los instrumentos de cultura para unir a los hombres y visión del gran porvenir de nuestro continente, se ha desprendido de su tesoro artístico para que traiga del gran pueblo del Norte a la América Hispana un mensaje a la vez de belleza y de amistad. Ha recorrido ya la fraterna misión de arte gran extensión de nuestro continente, celebrándose su presencia por donde ha pasado, como no podía menos de ocurrir, con el relieve de un acontecimiento memorable, y así lo es también ahora en esta ciudad de Concepción. ¡Qué gesto más simpático! ¡Qué mensajes más bien venidos para nuestra constante e inquietante necesidad de fuerzas espirituales que sean alentadoras compañeras en el bregar de todos los días y para nuestros anhelos por el porvenir de América!

Nos va a ser dado, pues, gozar por un corto tiempo de esta bien escogida colección de cuadros al óleo, de grabados y dibujos, formada por un conocedor de gusto refinado, cuadros que en un reducido espacio nos ofrecerán los cielos de todas las Américas y el alma

de muchos de sus paisajes, escenas y tipos. El desnudo y los retratos son escasos en la colección. Sólo se presenta un desnudo, pero admirable, y muy discreto, la Venus de Orvieto de Trebileck.

Se dice que el color azul dispone al reposo, el amarillo a la alegría y el rojo a la acción. Yo creo que ellos y los demás colores se han juntado en esta ocasión para brindarnos una magnífica fiesta.

Honda intuición contiene el mito del tonel de las Danaides. Es la cifra de la vida misma del hombre. Símbolo del vacío que aflige siempre a su pecho y es imposible de colmar, vacío que, aunque parezca contradictorio, es como el resorte del movimiento en que consiste la vida. El espíritu humano busca para saciar su afán la belleza, el amor; crea seres fantásticos, hadas y ángeles protectores, crea dioses y demonios. La belleza es la que nos interesa en esta oportunidad, valor en sí de lo que no tiene más riqueza que su armonía desinteresada, que es expresión pura del alma humana en divino trance creador, que invita a la contemplación arrobadora, que es inasible y escurridiza en su totalidad como lo eterno y que como éste a su vez se nos entrega íntegramente cuando le brindamos sin reservas nuestro corazón limpio de escorias.

Las artes que tienen el ministerio de la belleza son el mejor ornato de la cultura y una manifestación insustituible para valorizarla. La belleza es cual impalpable velo de Maya que descubre las desnudeces hermosas para enriquecer la vida y aun a las feas confie-

re categoría artística para, en riguroso homenaje a la verdad, ennoblecerla. Es también la forma en que el hombre busca con ansia nunca satisfecha el perdurar a través de los siglos. Lucha desigual, angustiada y titánica contra el tiempo que todo lo destruye. Los pueblos que no van dejando en bellos monumentos huellas de su paso por la tierra es como si no hubieran vivido. La arquitectura levanta tumbas que pueden conservar lo más inalterada posible la frágil envoltura del alma; erige templos que, dignas mansiones de lo divino, quiere que sean bellos y eternos como dioses. La escultura busca en la entraña de la tierra el material más sólido que le ofrece, la piedra y el metal, para descubrir a los ojos maravillados del espacio las secretas armonías que él mismo encierra en volúmenes y líneas. La música y la poesía parecen la expresión más perfecta del alma humana: por medio de las vibraciones de sus notas y voces se exhalan las vivencias íntimas del hombre: sus tribulaciones, angustias y dolores, sus amores y pasiones, sus esperanzas y desilusiones, sus arrestos heroicos y marciales. Como exhalación alada las notas y voces parecen la esencia de lo efímero que se disuelve en el aire. Pero en cuanto quedan consignadas en libros quieren agarrarse en sus hojas a lo permanente. El libro es suprema invención del alma en su ansia de vida, es cartel de desafío lanzado a la muerte por la inteligencia. Aun los poetas que cantan desolados, a veces quizás con razón, la inestabilidad de todo lo que existe y hacen de esta inter-

pretación de la vida su doctrina, aspiran a perdurar, curiosa contradicción, por medio de los poemas y lucubraciones en que niegan lo perdurable. Y en ocasiones lo consiguen: persisten. La sombra del viejo Heráclito sobrevive acompañando al grito escéptico que lanzara hace dos mil quinientos años, y que continúa resonando, de que no hay un ser permanente y que todo el mundo es mutación y cambio.

El dibujo tiene algo de ingrávido. En la pareja aristotélica de materia y forma, prescinde de la materia y hace de la forma una entelequia autónoma. La voz y la palabra, el color y la masa, ceden su lugar en el dibujo al rasgo, al gesto y a la actitud. Las líneas justas y acertadas, cuanto más si son geniales, desatan los corceles de nuestra imaginación para que, siguiéndolas penetremos el alma de cosas y personas ya conocidas o de situaciones nuevas.

El pintor, como el dibujante es un taumaturgo que crea en un plano de dos dimensiones, en el plano de las superficies; pero ahí, con las perspectivas que extiende ante nuestra vista, nos ofrece todas las dimensiones de la realidad, desde las espirituales a veces insondables y conturbadoras que asoman al rostro humano hasta las infinitas del espacio; desde la faz ingenua del niño, la expresión extasiada y arrebatadora de la joven o los ojos visionarios del místico hasta los encantos de las flores, la modestia de lo que se llama naturalezas muertas y los misterios de los mares y de los espectáculos celestes. La vida toda y su escenario

constituyen el objeto de la pintura. Para realizar ésta su hechizo ha ido a robar al cielo sus elementos y ha tomado de las estrias del iris los colores. El artista de la pintura es el mago del color y pone en sus telas la policromía de la existencia. El cuadro es como el espejo de una sola imagen, un espejo que ha fijado en su linfa una porción de la realidad, entrando naturalmente en esta última el propio sueño del artista. Por lo mismo significa otra cosa que la mera fotografía: representa los esponsales indisolubles del sentido de las cosas y la psique del pintor que con su pincel ha sabido proyectar luz sobre ese sentido.

Esta Exposición y el espléndido gesto de su organizador, comprueban una vez más lo que he sostenido en otras oportunidades: que los Estados Unidos de la América del Norte no forman, como se ha solido afirmar, un pueblo dedicado exclusivamente a las actividades de la industria y el comercio, a la cultura material en una palabra, sino que en su seno palpitan el amor y las inquietudes por las cosas del espíritu que encuentran su expresión en las bellas artes, en las letras, en las ciencias, en la filosofía y en el interés por todo lo humano.

Prueba ello, asimismo, el alto grado de adelanto artístico que se ha alcanzado en el Nuevo Mundo y como, aunque por los sujetos de sus temas, hombres y mujeres, indios mestizos y blancos, montañas, desiertos y valles, estos cuadros son testimonios de un ambiente

genuinamente americano, a la vez, que por su técnica, no pueden dejar de ser continuación del arte occidental.

La pintura, creación de cierto género de belleza es asimismo, como se desprende de lo dicho anteriormente, apropiación y conservación de ella, ya que a no ser por sus obras desaparecería llevada irreparablemente en la corriente del tiempo. Así se han conservado a través de los siglos la serenidad y dulcedumbre de las vírgenes del Renacimiento, la encantadora placidez de la Venus de Giorgione, la sonrisa de la Gioconda, la tensión mística de los personajes del Greco, la mueca atormentada o ridícula, y siempre de un humorismo trágico, de las figuras de Goya. Así se conservarán también las expresiones estéticas de nuestro mundo americano. Son formas de lo bello estable, como todas las de la pintura, que invitan a la contemplación reposada.

Y qué doble milagro realiza la pintura en esto. Es como si atesorara para nosotros la esencia eterna de cada momento fugaz. Y aprisiona lo eterno con colores y contornos que son ilusiones. ¿Cabe tentativa más gallarda que tratar de prender con lazos de ilusiones el valor de las cosas que pasan? No miremos en menos esta divina empresa porque llega a crear ilusiones que persisten. ¿Y no sería acaso de lo mejor que pudiéramos llevar como bagaje, para hacer la vida, las ilusiones perdurables? Si nos ponemos a considerar una interpretación del alma divina, ¿no tendríamos que concebirla, en uno de sus aspectos, como ilusión indestructible, re-

sorte de su impulso creador? No entendemos las ilusiones como hacer de las nubes continentes habitables; son, en arte, la apreciación de lo creado y, en todo, el estímulo a crear algo mejor doquiera haga falta; son la estrella inextinguible a que, desde su arco siempre tenso para la acción, apunta la flecha de nuestra voluntad.

Ah! suprema sabiduría la de coger la cifra eterna de las cosas transitorias. Así, pues, que los momentos fugaces de goce que nos ha de deparar esta bella Exposición nos dejen, además del recuerdo artístico, la esencia perenne de la confianza en los destinos de nuestra cultura y en las fecundas consecuencias de la unión de las Américas.